Ya falta menos para ayer
Eduardo Iriarte
Libros del Arga

# Ya falta menos para ayer

**Eduardo Iriarte**

*Por Raquel*

© *Eduardo Iriarte*

Por sitios que son tiempo,
por distancias apenas perdurables,
entro contigo.
«Ayer o nunca»

¿Sabe que miente el que recuerda?
«Augurio de cornejas»

Sólo el presente puede
modificar el curso del pasado.
«Je est un autre»

*Laberinto de fortuna*
José Manuel Caballero Bonald

*Incredulidad, sin lugar a dudas. Si tuviera que resumir en una palabra lo que sentimos aquella mañana del 14 de julio, sería con toda certeza incredulidad. Sorpresa también, claro, y horror, un horror intenso y absoluto como el del niño que se pierde y sabe con plena seguridad que ya nunca será hallado. También una pesada incertidumbre frente al futuro inmediato y con respecto a la noche anterior, que no podía ser más brumosa en nuestro recuerdo lastrado por la resaca recién nacida. Pero lo que sentimos fue sobre todo incredulidad al ver a Clara allá abajo, a una distancia imposible, a orillas del río Arga. Estaba tendida besando la hierba, rota y al mismo tiempo entera, su cuerpo deformado y a la vez armónico. La melena de color avellana le cubría la cara, por fortuna. Iba descalza —había una alpargata impar tirada a su lado—, con pantalones vaqueros y la camiseta blanca de manga corta teñida de algo oscuro por la espalda a altura del corazón, rojo sobre blanco roto.*

*Con el río tan cerca pensé que debía de tener frío.*

*El cohete que indicaba la salida del encierro restalló seco en el aire anunciando los tres o cuatro minutos de miedo, carreras, empujones y gritos —aquellos momentos de tensión bulliciosa que obligaban a guardar silencio al resto de la ciudad— en los que se centraba la atención de toda Pamplona. Ese día, aunque hubo un amago de montón humano en el túnel de entrada a la plaza, no resultó herido de asta ningún mozo, si bien un norteamericano que había recibido una cornada de*

*cierta gravedad la víspera reincidió en su inconsciencia y volvió a jugarse el tipo ante los toros. Durante el tiempo que duró el último encierro de aquel año —dos minutos y cincuenta y siete segundos de carrera limpia— nadie se despidió de la vida, salvo Clara a nuestros ojos.*

*Mientras la ciudad contenía la respiración y deseaba agilidad y holgura a los corredores, empujándolos con la mirada, imprimiéndoles velocidad desde los vallados y ante las pantallas de televisión, nosotros intentábamos asimilar aquella imagen extraña desde la barandilla del mirador de la Media Luna, cuarenta o cincuenta metros por encima del lugar adonde había ido a parar el cadáver de mi hermana melliza, la mitad de mí hasta entonces y durante mucho tiempo después.*

*El trinar de los pájaros era atronador y entre la hierba había una partitura rota y tachada, un retazo de música que no encajaba y no podía tener ningún sentido al margen de la absoluta aleatoriedad de la desgracia.*

*No la vi caer, y sin embargo, la imagen de su caída sería y aún ahora es la más persistente en mis sueños desde aquel momento, un descenso por el terraplén brusco y cubierto de maleza que unas veces era una bajada rápida, casi a plomo, prácticamente indolora hasta el final, y otras se demoraba y se convertía en un complicado juego de requiebros y rechazos entre rocas y arbustos para alcanzar el fondo con los huesos ya partidos. Desde el mirador del parque su figura —los brazos pegados al cuerpo, las piernas una curva rematada por los pies estirados, uno vuelto del revés, la cabeza a guisa de punto— era un signo de interrogación que no alcanzábamos a interpretar.*

*No muy lejos de allí los mozos se precipitaban por un recorrido pautado hacia la seguridad de la plaza, tratando de eludir el asta traicionera para alcanzar su trofeo de alivio u orgullo, seguros en su camino a seguir. Nosotros, en cambio, no sabíamos en qué dirección correr, ni si debíamos hacerlo siquiera, porque ya había policías en torno a Clara, y también un par de hombres de paisano que podían serlo o no. Para llegar hasta allí hubiéramos tenido que dar un largo rodeo, el que no había tomado ella, que atajó por un camino mucho más corto y abrupto, sin posibilidad de vuelta atrás.*

*A mi lado estaban Larra y su novia Ángeles, también Alejandro, e Itziar, mi pareja desde dos o tres meses antes y hasta ese mismo momento: cinco chavales que, tras una semana larga de fiestas encadenadas y casi continuas, de juerga y despreocupación, nos veíamos transformados de súbito en una pandilla de críos asustados, descreídos, incapaces de reaccionar. Los dos agentes de policía que nos habían despertado y nos habían sacado de la cama y de la casa para ver el espectáculo del levantamiento del cadáver nos flanqueaban apoyados también en la barandilla, convertidos durante unos momentos en observadores curiosos. No había prisa ya, ni la habría durante mucho tiempo.*

*Desde aquella balconada urbana con vistas al río y al monte San Cristóbal coronado por el fuerte militar, presa de un aturdimiento que era mitad vértigo y mitad espanto, vimos llegar al padre —el de Clara, el mío también— acompañado de un individuo trajeado que debía de ser un inspector o el juez de instrucción; su cargo no tenía importancia en aquel momento y tardaría muchos años en llegar a tenerla. Al acercarse al cadáver, el funcionario le puso al padre una mano sobre los*

*hombros ligeramente encorvados y los dos se quedaron mirando a Clara durante un tiempo que pareció larguísimo, aunque tal vez no fueran más que unos segundos. Incluso desde tan lejos, resultó evidente que el padre súbitamente huérfano de hija no lloraba, no sufrieron convulsiones sus hombros ni se derramaron lágrimas por la joven muerta. Lo que sentimos en ese instante fue odio, un odio puro, sin complicaciones, una aversión que el cuarto cohete, el que señalaba la entrada del último toro en los corrales y con ello el final del miedo y la tensión para la mayoría —para todos aquellos que, a diferencia de nosotros, no habían sufrido heridas ni tenían ya nada que temer—, no hizo sino subrayar.*

*Apenas empiezo a ordenar recuerdos e ideas y ya veo que en aquellos primeros minutos —cuando la ciudad comenzaba a respirar más tranquila y recuperaba la normalidad tras la exaltación atávica del encierro—, fueron tantas emociones las que nos sobrevinieron, tan mezcladas e intensas, que difícilmente pueden condensarse. Pero si tuviera que resumir lo que sentimos en una palabra sería incredulidad, sin lugar a duda. Incredulidad porque Clara, tras toda una vida juntos, no iba a ver la luz del día que estaba viendo yo; porque mi hermana y yo teníamos los dieciséis años aún por cumplir y ahora sólo llegaría a cumplirlos yo unos días después, y eso era algo inconcebible; incredulidad, entre otras muchas cosas, porque al desprenderme de una mitad de mí, de súbito me veía obligado a dejar de pensar en plural para pensarme en singular, y, por tanto, en justicia no puedo hablar siquiera de lo que sentimos, sino de lo que sentí entonces y a partir de aquel momento. De pronto me veía privado de referentes, como si todo lo aprendido y constatado por los dos hasta el momento*

*hubiera quedado tácitamente obsoleto, desdicho. Clara era quien desde niño me cogía de la mano cuando más lo necesitaba, y creo que desde aquella mañana, mi principal objetivo pasó a ser el de encontrar alguien que tomara mi mano en la suya —con seguridad, sí, pero también con la delicadeza de quien al asir se siente asido y por lo tanto más seguro también— igual que ella.*

*Lo que ocurrió aquel último día de las fiestas de San Fermín de 1985, sin embargo, no puede reducirse ni mucho menos a una sola palabra, a esa sensación de inmensa, pesada y acuciante incredulidad, porque lo que pasó aquella noche fue un desenlace definitivo para Clara, pero también el comienzo del resto de mi vida, de una historia que al final se pliega sobre sí misma y vuelve al inicio como un bucle tenaz que no cesa de morderse la cola; fue el principio de un duelo que duraría cerca de tres décadas.*

*Mentiría si dijera que mi intención es relatar lo que acaeció, porque no sé si de veras ocurrió así, o si lo que pasó, fuera lo que fuese, aconteció tal como lo he ido imaginando, he aprendido a rememorarlo y, en consecuencia, ahora lo recuerdo, pero eso no está en mi mano elegirlo.*

*Yo sólo puedo contar lo que para mí ocurrió; lo que, al dejar de ser nosotros, me ocurrió a mí.*